

SAINT-JOHN PERSE  
Antología Mínima

*Traducción de*  
JORGE ZALAMEA  
*Selección y nota introductoria de*  
JOSÉ EMILIO PACHECO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO 2008

## ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA José Emilio Pacheco	3
IMÁGENES PARA CRUSOE Las campanas El muro La ciudad Viernes El loro El parasol de piel de cabra El arco La semilla El libro	7
LLUVIAS I II III IV V VI VII VIII IX	12
NIEVES	20
EXILIO	25

## NOTA INTRODUCTORIA

La imagen de aquel Libro de Arena sin principio ni fin podría aspirar a describir la obra de Saint-John Perse: a despecho de cambios y variaciones, su poesía es la misma desde “Imágenes para Crusoe”, que escribió en 1904, hasta “Canto para un equinoccio”, publicado en 1971. Abiertas en cualquier parte sus *Oeuvres complètes* (Bibliothèque de la Pléiade, 1972), siempre serán tan nuevas como el asombro que producen.

Silenciosamente como había vivido, Saint-John Perse murió el 20 de septiembre de 1975. Podemos aplicarle sin riesgo un calificativo que abarata al dilapidarlo: un gran poeta, el mayor de este siglo para algunos con derecho a ser oídos porque se llaman T. S. Eliot o Giuseppe Ungaretti.

Perse es un poeta latinoamericano: nació en el Caribe recreado por Carpentier en *El Siglo de las Luces*. El 31 de marzo de 1887 abrió los ojos en la isla de Saint-Leger-les-Feuilles, propiedad de su familia, cerca de Guadalupe, Antillas francesas. Criollo en el sentido novohispano del término, Alexis Saint-Leger Leger proviene de otro paraíso de los colonos e infierno para los colonizados, un lugar de encuentro de civilizaciones: americana, europea, africana, asiática. No regresó nunca pero la presencia del Caribe y el sentimiento de orfandad y exilio por haber perdido un mundo que fue el suyo lo acompañaron siempre.

En *Elogios*, que André Gide le publicó en 1911, Perse celebra su infancia, habla de la isla que sería idílica si no supiéramos el precio en sufrimiento humano que exige el colonialismo; fija una niñez poblada por la imaginería de los *tristes tropiques* que pagaron la Bella Época europea y norteamericana.

Aquel joven trasladado a Europa, que de algún modo iba a ser en su obra el enlace entre los poetas videntes del XIX y los surrealistas del XX, se salvó de ir al matadero en que sucumbió su generación. A principios de 1916 fue a China como diplomático. Viajó por el Tibet, el desierto del Gobi, los mares del Sur. En 1924 publicó *Anábasis*, ya con el nombre de Saint-John Perse pues Saint-Leger se había convertido en el segundo de Aristide Briand en el Ministerio de Asuntos Extranjeros: la política exterior de Francia no podía estar en manos de alguien dedicado a un oficio tan

poco respetable socialmente como el de escribir poemas.

Nada era semejante a *Anábasis* en la poesía europea de ese momento. Perse hablaba en el francés más elegante pero en él había ecos de los poetas que aparecieron con la invención del alfabeto y su voz era la de un bárbaro, alguien que definitivamente no miraba al mundo desde París. *Anábasis* deslumbró a los pocos capaces de conseguir el breve cuaderno. Eliot lo tradujo dos veces. En español Perse encontró muchos buenos traductores y uno excepcional que fue el mejor intérprete de toda su obra: el poeta colombiano Jorge Zalamea. (Este *Material de Lectura* quiere ser también un mínimo homenaje a él.)

El poeta se vio obligado a callar públicamente mientras el diplomático negociaba los acuerdos de Locarno, el pacto franco-soviético, la entrada de la URSS en la Sociedad de las Naciones y, en la conferencia de Munich, se oponía en vano a la política de apaciguamiento que dejaba sucumbir a la República española y entregaba a Hitler el dominio de Europa.

Cuando los nazis entraron en París, Saint-Leger renunció y se exilió en los Estados Unidos antes que colaborar con el gobierno de Vichy. Pétain lo despojó de su nacionalidad francesa; la Gestapo allanó su departamento y quemó los tres libros escritos por Saint-John Perse durante los años en que no publicó nada.

En Washington sobrevivió como asesor de la Biblioteca del Congreso. El diplomático quedó abolido, se mantuvo únicamente el poeta. Fue su etapa más fecunda: de 1941 a 1946 *Exilio*, *Lluvias*, *Nieves*, *Poema a la extranjera*, *Vientos*. Once años después *Amers*, (“Marcas”), “Señales en el mar”, pero también y como es obvio “Amargos”). En 1960, el año en que recibió el Premio Nobel, *Crónica*, poema de la vejez. En 1972, *Pájaros*. Fuera de algunas composiciones sueltas, cartas y textos de homenaje a otros escritores y artistas, ésta es toda la obra de Saint-John Perse.

Jamás leyó sus poemas en público ni participó en mesas redondas: hizo una breve aparición la noche en que recibió el Nobel. Allí dijo: “La poesía se niega a disociar el arte de la vida y el amor del conocimiento. Es acción, poder, innovación que desplaza los límites... La oscuridad que se le reprocha no le es consustancial. Lo propio de la poesía es iluminar. . .”

¿De qué trata la obra de Perse? Él mismo dio la respuesta: “Pero es del hombre de quien se trata, de su presencia humana.” Leerla es como observar las olas

que se rompen contra la escollera. Un espectáculo que de tan fascinante puede resultar abrumador. Este gran poeta no escribió versos: sus formas fueron el poema en prosa (que Baudelaire consideró la expresión del mundo moderno) y el versículo, la forma de una sociedad primitiva en que el asombro ante la materia lleva a deificarla y el sol se convierte en dios dador de la vida.

Dios está ausente de esta épica/crónica/tragedia, relatada (cantada) por un espectador que habla desde una eternidad a ras de tierra, no cede a la angustia, expresa su confianza en los seres humanos que habitan un mundo en descomposición y renovación incesantes; en la humanidad que permanece cuando todo —nieves, lluvias, vientos, señales en el mar— se ha evaporado.

Su poesía crece con la naturalidad majestuosa de un gran árbol del trópico y mira la corriente de la historia en su fluir perpetuo: guerras, conquistas, imperios, exilios, rebeliones. Se refiere a la sociedad actual como si estuviera en el alba de las comunidades humanas y a los primitivos como si fuesen nuestros contemporáneos. Su visión es planetaria, es la mirada abarcadora de un poeta nacido en una isla sudamericana, fiel a la utopía que junto a la violencia explotadora fundó este nuevo mundo. Sin decirlo Perse nunca renuncia al anhelo de una sociedad menos injusta y desdichada que la nuestra. Su interminable alabanza de la Tierra no le impide ver que el hombre marcha siempre y edifica; cree que la historia ha llegado al lugar de su quietud, pero al plantar el árbol que de sombra a sus construcciones pone la semilla de la raíz que cuarteará el muro; en su bagaje lleva las termes que carcomerán sus palacios. La ciudad será ruina, morada del desierto y de la vegetación devoradora. A lo lejos la nueva caravana proyecta su sombra en las arenas. Nada perdura, sí, pero tampoco nada detiene el peregrinaje en busca de la Ciudad Justa.

Perse escribió que el objeto más hermoso del mundo era el cráneo de cristal de roca que preside como una deidad subterránea la sala azteca del Museo Británico. Acaso cuando nuestra civilización sea polvo y ceniza como lo es ahora el mundo de Moctezuma, la poesía de Saint-John Perse será ese cráneo de cristal de roca pulido por las tempestades y los siglos, invulnerable en su enceguecedora fijeza.

JOSÉ EMILIO PACHECO

## IMÁGENES PARA CRUSOE\*

### LAS CAMPANAS

Anciano de manos desnudas  
repuesto entre los hombres, ¡Crusoe!  
Llorabas, imagino, cuando desde las torres de la  
Abadía,  
como un flujo, se derramaba el sollozo de las campanas sobre la Ciudad. . .  
¡Oh Despojado!  
Llorabas recordando los rompientes bajo la luna; los  
silbos  
de más distantes riberas; las músicas extrañas que  
nacían y se asordaban bajo el ala cerrada de la noche,  
semejantes a los encadenados círculos que son las  
ondas de una concha, a la amplificación de clamores  
bajo la mar.

### EL MURO

El lienzo de muro está enfrente, para conjurar el círculo de tu sueño.

Pero la imagen lanza un grito.

La cabeza contra una oreja del sillón grasiento, exploras tus dientes con tu lengua: el sabor de las grasas y las salsas infecta tus encías.

Y sueñas con las nubes puras sobre tu isla, cuando el alba verde crece lúcida en el seno de las aguas misteriosas.

Es el sudor de las savias en exilio, la sarda amarga de las plantas siliculosas, la insinuación acre de los manglares carnosos y la ácida delicia de una negra sustancia en las vainas.

Es la miel silvestre de las hormigas en las galerías del árbol muerto.

---

\*Textos tomados de *Antología Poética* de Saint-John Perse, Colección "Los poetas", Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1960.

Es un sabor de fruto verde que acidula el alba que bebes: el aire lechoso enriquecido con la sal de los alisios. . .

¡Alegría!, ¡oh alegría desatada en las alturas del cielo! Las telas puras resplandecen, los invisibles atrios están sembrados de hierbas y las verdes delicias del suelo se pintan al siglo de un largo día.

## LA CIUDAD

La pizarra cubre sus techos, o bien la teja en que vegetan los musgos.

Su aliento se vierte por el tiro de las chimeneas.

¡Grasas!

¡Olor de los hombres urgidos, como de un soso matadero!, ¡agrios cuerpos de las mujeres bajo las faldas!

¡Oh ciudad contra el cielo!

Grasas, aspirados alientos, y el vaho de un pueblo contaminado — pues toda ciudad se ciñe de inmundicia.

Sobre la lumbrera del tenderete — sobre los cubos de basura del hospicio — sobre el olor de vino azul del barrio de los marineros — sobre la fuente que solloza en los patios de la policía — sobre las estatuas de piedra mohosa y sobre los perros vagabundos — sobre el chiquillo que silba, y el mendigo cuyas mejillas tiemblan en la cavidad de las mandíbulas,

sobre la gata enferma que tiene tres pliegues en la frente,

la noche descende, entre el vaho de los hombres. .

—La Ciudad por el río mana hacia el mar como un absceso. .

¡Crusoe! Esta noche, cerca de tu Isla, el cielo que se aproxima loará al mar, y el silencio multiplicará la exclamación de los astros solitarios.

Corre las cortinas; no enciendas:

Es la noche sobre tu Isla y en su contorno, aquí y allá, dondequiera se curva el impecable vaso del mar; es la noche color de párpados, sobre los caminos entretreídos del cielo y del mar.

Todo es salado, todo es viscoso y pesado como la vida de los plasmás.

El pájaro se arrulla en su pluma, bajo un sueño aceitoso; el fruto vano, sordo de insectos, cae en el agua de las caletas, cavando su ruido.

La isla se adormece entre el circo de vastas aguas, lavada por cálidas corrientes y grasas lechadas, en la frecuentación de légamos suntuosos.

Bajo los manglares que lo fecundan, lentos peces entre el cieno han descargado burbujas de su cabeza chata; y otros que son lentos, manchados como reptiles, velan. — Los légamos son fecundados. — Oye chasquear a las huecas bestias en sus conchas. — Sobre un trozo del cielo verde hay un humo apresurado que es el enmarañado vuelo de los mosquitos.— Los grillos bajo las hojas se llaman dulcemente.— Y otras bestias que son dulces, atentas a la noche, cantan un canto más puro que el anuncio de las lluvias: es la deglutición de dos perlas hinchando su gollete amarillo . . .

¡Vagido de las aguas girantes y luminosas!

¡Corolas, bocas de moaré: el duelo que apunta y se ensancha! Son grandes flores móviles en viaje, flores vivientes para siempre, y que no cesarán de crecer por el mundo. . .

¡Oh el color de las brisas circulando sobre las aguas calmas,

las palmas de las palmeras que se menean!

Y ni un lejano ladrido de perro que signifique la choza; que signifique la choza y el humo de la tarde y las tres piedras negras bajo el olor de pimienta.

Pero los murciélagos cortan la noche blanda con pequeños gritos.

¡Alegría!, ¡oh alegría desatada en las alturas del cielo!

...¡Crusoe!, ¡estás ahí! Y tu rostro se ofrece a los signos de la noche, como una invertida palma de la mano.

## VIERNES

¡Risas bajo el sol,  
marfil! genuflexiones tímidas, las manos en las cosas de la tierra. . .

¡Viernes!, ¡qué verde era la hoja, y qué nueva tu sombra, las manos tan largas hacia la tierra cuando, cerca del hombre taciturno, meneabas bajo la luz la azul corriente de tus miembros!

—Ahora te han obsequiado un rojo andrajo. Bebes el aceite de las lámparas y robas en la despensa; deseas las faldas de la cocinera que es gorda y olorosa a pescado; miras en el cobre de tu librea tus ojos que se han hecho embusteros y tu risa, viciosa.

## EL LORO

Este es otro.

Un marino tartamudo lo había dado a la vieja que lo vendió. Está sobre el rellano, cerca de la lumbrera, allí donde se mezcla al negror la sucia bruma del día color de callejón.

Con un doble grito, a la noche, te saluda, Crusoe, cuando, subiendo de las letrinas del patio, abres la puerta del pasillo y levantas ante ti el astro precario de tu lámpara. Vuelve su cabeza para volver su mirada. Hombre de la lámpara, ¿qué quieres de él? ... Miras el ojo redondo bajo el polen averiado del párpado; miras el segundo círculo como un anillo de muerta savia. Y la pluma enferma se remoja en el acuoso excremento.

¡Oh miseria! Apaga tu lámpara. El pájaro lanza su grito.

## EL PARASOL DE PIEL DE CABRA

Está entre el olor agrio del polvo, bajo el alero del granero. Está bajo una mesa de tres patas; está entre la caja de arena para la gata y el tonel desaherrojado en que se hacina la pluma.

## EL ARCO

Ante los silbos del hogar, transido bajo tu hopalanda floreada, miras ondular las dulces aletas de la llama. — Pero un chasquido agrieta la cantante sombra: es tu arco, guindado, que se rompe. Y se abre a todo lo largo de su fibra secreta, como la vaina muerta en las manos del árbol guerrero.

## LA SEMILLA

En una maceta la enterraste: la purpúrea semilla adherida a tu traje de piel de cabra.

Y no ha germinado.

## EL LIBRO

Y qué queja entonces en boca del lar, una noche de largas lluvias en marcha hacia la ciudad, removía en tu corazón el oscuro nacimiento del lenguaje:

“... De un luminoso exilio — y más lejano ya que la rodante tempestad — ¿cómo guardar las vías, ¡oh Señor!, que me habíais entregado?”

“...¿Sólo me dejarás esta confusión de la noche, después de haberme, en un tan largo día, nutrido con la sal de tu soledad,

“testigo de tus silencios, de tu sombra y de tus grandes gritos?”

—Así te quejabas, en la confusión de la noche. Pero bajo la oscura ventana, ante el lienzo de muro frontero, cuando no podías resucitar el esplendor perdido, abriendo el Libro,

paseabas un desgastado dedo por sobre las profecías, y luego, fija la mirada en el espacio, esperabas el instante de la partida, el levantarse del gran viento que te desellaría de un golpe, como un tifón, partiendo las nubes ante la espera de tus ojos.

## LLUVIAS

*A Katherine y Francis Biddle*

### I

El baniano de la lluvia echa sus raíces sobre la Ciudad.

Un polipero apresurado sube a sus bodas de coral en toda esa leche de agua viva,

Y la idea desnuda como un reciario peina en los jardines del pueblo su crin de niña.

Canta, poema, en la vocinglería de las aguas la inminencia del tema:

Canta, poema, en el tropel de las aguas la evasión del tema:

Una alta licencia en el flanco de las Vírgenes proféticas,  
Una eclosión de óvulos de oro en la leonada noche de los légamos

Y mi lecho hecho, ¡oh fraude!, a la linde de semejante sueño,

Allí donde se aviva y crece y comienza a girar la rosa obscena del poema.

Señor terrible de mi risa, he aquí la tierra humeante con el husmo de la venación,

La arcilla viuda bajo el agua virgen, la tierra lavada del paso de los hombres insomnes,

Y, olida de más cerca como un vino, ¿no es verdad que provoca la pérdida de la memoria?

Señor, ¡Señor terrible de mi risa!, he aquí el reverso del sueño sobre la tierra,

Como la respuesta de las altas dunas al escalonamiento de los mares, he aquí, he aquí

La tierra a cabo de uso, la hora nueva en sus mantillas y mi corazón visitado por una extraña vocal.

### II

Nodrizas sospechosísimas. Cortejantes de ojos velados de madurez, ¡oh Lluvias! por quienes

El hombre insólito mantiene su casta, ¿qué diremos esta noche a quien haga altanera nuestra vela?

¿Sobre qué lecho nuevo, a qué reacia cabeza raptaremos aún la chispa valedera?

Mudo el Ande sobre mi techo, tengo una aclamación fortísima en mí, y es para vosotras, ¡oh Lluvias!

Llevaré mi causa ante vosotras: ¡en la punta de  
vuestras lanzas lo más claro de mi bien!

¡La espuma en los labios del poema como una leche de  
corales!

Y aquella que danza como un encantador de ser-  
pientes a la entrada de mis frases,

La Idea, más desnuda que una cuchilla en el juego  
de las facciones,

Me enseñará el rito y la medida contra la impacien-  
cia del poema.

Señor terrible de mi risa, líbrame de la confesión, de  
la acogida y del canto.

Señor terrible de mi risa, ¡cuánta ofensa en los la-  
bios del chubasco!

¡Cuántos fraudes consumados bajo nuestras más al-  
tas migraciones!

En la noche clara de mediodía, anticipamos más de  
una proposición.

Nueva sobre la esencia del ser. . . ¡oh humos presen-  
tes sobre la piedra del lar!

Y la lluvia tibia sobre nuestros techos hizo igual-  
mente bien en apagar las lámparas en nuestras manos.

### III

Hermanas de los guerreros de Assur fueron las altas  
lluvias en marcha sobre la tierra;

Con cascos emplumados y bien arremangadas, con  
espuelas, con espuelas de plata y de cristal,

Como Dido hollando el marfil en las puertas de Cartago,

Como la esposa de Cortés, ebria de arcilla y pintada,  
entre sus altas plantas apócrifas. . .

Avivaban de noche el azur en las culatas de nuestras  
armas.

¡Poblarán el Abril en el fondo de los espejos de  
nuestras estancias!

Y no me cuido de olvidar su pataleo en el umbral de  
las cámaras de ablución:

Guerreras, ¡oh guerreras por la lanza y la flecha has-  
ta nosotros aguzadas!

Danzarinas, ¡oh danzarinas por la danza y la atrac-  
ción al suelo multiplicadas!

Son armas a brazadas, son mozas por carretadas, una distribución de águilas a las legiones,

Un levantamiento de picas en los suburbios por los más jóvenes pueblos de la tierra —haces rotos de vírgenes disolutas,

¡Oh grandes gavillas desatadas! ¡la amplia y viva cosecha en los brazos viriles invertida!

... Y la Ciudad es de vidrio sobre su zócalo de ébano, la ciencia en las bocas de las fuentes,

Y el extranjero lee sobre nuestros muros los grandes carteles anonarios,

Y el frescor está en nuestros muros, en donde la Indiana esta noche se hospedaré en casa del nativo.

#### IV

Relaciones hechas al Edil; confesiones hechas a nuestras puertas. . . ¡Mátame, dicha!

¡Una lengua nueva de todas partes ofrecida! un frescor de aliento por el mundo

Como el soplo mismo del espíritu, como la cosa misma proferida, a flor del ser, su esencia a la fuente misma, su nacencia:

¡Ah! ¡toda la afusión del dios salubre sobre nuestros rostros, y tal brisa en flor

Al hilo de la hierba azuleante, que se anticipa al paso de las más remotas disidencias!

Nodrizas sospechosísimas, oh Sembradoras de esporos, de semillas y de especies ligeras,

¿De qué decaídas alturas reveláis para nosotros las vías, Como al término de las tempestades los más bellos seres

lapidados sobre la cruz de sus alas?

¿Qué os obsedéis de tan lejos, que aun es preciso que uno piense en perder el vivir?

¿Y de qué otra condición nos habláis tan quedo que uno pierde la memoria?

Para traficar con cosas santas entre nosotros, ¿desertáis vuestros lechos, oh Simoníacas?

En el fresco comercio de la neblina, allá donde el cielo madura su gusto de yaro y de nevero,

Frecuentabais el relámpago salaz, y en la albura de las grandes albas laceradas,

En la pura vitela rayada con un cebo divino, nos diríais, ¡oh Lluvias! qué lengua nueva solicitaba para vosotras la grande uncial de fuego verde.

V

Que vuestra venida estuviese llena de grandeza, lo sabíamos nosotros, hombres de las ciudades, sobre nuestras flacas escorias,

Pero habíamos soñado más altas confianzas al primer soplo del chubasco,

Y nos restituís, ¡oh Lluvias!, a nuestra instancia humana, con este sabor de arcilla bajo nuestras máscaras.

¿En más altos parajes buscaremos memoria? ... ¿o si nos es preciso cantar el olvido en las biblias de oro de las bajas hojarascas? ...

Nuestras fiebres teñidas con los tulipaneros del sueño, la catarata sobre el ojo de los estanques y la piedra rodada hacia la boca de los pozos, ¿no hay ahí bellos temas por reanudar,

Como rosas antiguas en las manos del inválido de guerra? ... La colmena todavía está en el vergel, la infancia en las horquetas del árbol viejo, y la escala prohibida en las bellas viudeces del relámpago...

Dulzura ele ágave, de áloe.... ¡insípida estación del hombre sin engaño! Es la tierra cansada de las quemaduras del espíritu.

Las lluvias verdes se peinan ante los espejos de los banqueros. En los paños tibios de las plañidoras se borrará la faz de los dioses-niñas.

E ideas nuevas se abonan a los constructores de imperios sobre su mesa. Todo un pueblo mudo se yergue en mis frases, en las grandes márgenes del poema.

Levantad, levantad, faltos de jefes, los catafalcos del Habsburgo, las altas piras del hombre de guerra, las altas colmenas de la impostura...

Aechad, aechad, faltos de jefes, los grandes osarios de la otra guerra, los grandes osarios del hombre blanco sobre quien se fundó la infancia.

Y que oreen sobre su silla, sobre su silla de hierro, al hombre presa de las visiones que irritan a los pueblos.

No concluiremos de ver arrastrarse sobre la extensión de los mares la humareda de las hazañas con que se tizna la historia,

En tanto que en las Cartujas y las Leproserías, un perfume de termitas y de blancas frambuesas haga erguirse sobre sus cañizos a los Príncipes valetudinarios:

“Yo tenía, yo tenía ese gusto de vivir entre los hombres, y he aquí que la tierra exhala su alma de extranjera. . .”

## VI

Un hombre aquejado de semejante soledad, ¡que vaya y guinde en los santuarios la máscara y el bastón de mando!

Yo llevaba la esponja y la hiel a las heridas de un viejo árbol cargado con las cadenas de la tierra.

“Yo tenía, yo tenía ese gusto de vivir lejos de los hombres, y he aquí que las Lluvias. . .”

¡Tránsfugas sin mensaje, oh Mimos sin visaje, conducíais a los confines tantas bellas simientes!

¿Hacia qué bellas hogueras de hierbas entre los hombres apartáis una noche vuestros pasos, por qué historias desenlazadas

Al fuego de las rosas en las alcobas, en las alcobas donde vive la oscura flor del sexo?

¿Codiciáis nuestras esposas y nuestras hijas tras la verja de sus sueños?

(Hay mimos de mayorazgas en lo más secreto de las estancias, hay puros servicios y tales que uno pensaría en el palpo de los insectos...)

¿No tenéis nada mejor que hacer entre nuestros hijos, que espiar el amargo perfume viril en los correajes de la guerra? (como un pueblo de Esfinges, grávidas de la cifra y del enigma, disputan acerca del poder a las puertas de los elegidos...)

¡Oh Lluvias, por quienes los trigos salvajes invaden la Ciudad, y las calzadas de piedra se erizan de irascibles cactus,

Bajo mil pasos nuevos hay mil piedras nuevas recientemente visitadas. En los azafates refrescados por una invisible pluma ¡haced vuestras cuentas, diamantistas!

Y el hombre duro entre los hombres, en medio del gentío, se sorprende soñando en el elimo de las arenas. ...“Yo tenía, yo tenía ese gusto de vivir sin dulzura, y he aquí que las Lluvias...” (La vida sube a las tempestades sobre el ala de la repulsa.)

Pasad, Mestizas, y dejadnos en nuestro acecho... Tal se abreva en lo divino cuya máscara es de arcilla.

Toda piedra lavada de los signos de vialidad, toda hoja lavada de los signos de latría es la tierra ablucionada de las tintas del copista. . .

Pasad, y dejadnos con nuestros más viejos hábitos. ¡Que mi palabra todavía vaya delante de mí! y cantaremos todavía un canto de los hombres para quien pasa, un canto de alta mar para quien vela:

## VII

“Innumerables son nuestras vías y nuestras mansiones inciertas. Tal se abreva en lo divino cuyo labio es de arcilla. Vosotras, lavadoras de los muertos en las aguas-madres de la mañana —y está la tierra todavía en las zarzas de la guerra— lavad también la faz de los vivos; lavad, ¡oh Lluvias, la faz triste de los violentos . . . pues sus vías son estrechas y sus mansiones inciertas.

“Lavad, ¡oh Lluvias!, un lugar de piedra para los fuertes. A las grandes mesas se sentarán, al socaire de su fuerza, aquellos que no embriagó el vino de los hombres, aquellos que no mancilló el gusto de las lágrimas ni el sueño, aquellos que no se curan de su nombre en las trompetas de hueso... a las grandes mesas se sentarán, al socaire de su fuerza, en lugar de piedra para los fuertes.

“Lavad la duda y la prudencia al paso de la acción, lavad la duda y la decencia en el campo de la visión. Lavad, ¡oh Lluvias!, la catarata del ojo del hombre de bien, del ojo del hombre de ideas sanas, lavad la catarata del ojo del hombre de buen gusto, del ojo del hombre de buen tono; la catarata del hombre de mérito, la catarata del hombre de talento; lavad la escama del ojo del Maestro y del Mecenaz, del ojo del Justo y del Notable ... del ojo de los hombres calificados por la prudencia y la decencia.

“Lavad, lavad la benevolencia del corazón de los grandes Intercesores, el decoro de la frente de los grandes Educadores, y la mancilla del lenguaje de los labios públicos. Lavad, ¡oh Lluvias!, la mano del Juez y del Preboste; la mano de la partera y de la amortajadora, las manos lamidas de inválidos y ciegos, y la mano baja, en la frente de los hombres, que sueña todavía con riendas y con foete. . . con el asentimiento de los grandes Intercesores, de los grandes Educadores.

“Lavad, lavad la historia de los pueblos en las altas tablas conmemorativas: los grandes anales oficiales, las grandes crónicas del Clero y los boletines académicos. Lavad las bulas y las cartas, y los Cuadernos del Tercer Estado; los Convenants, los Pactos de alianza y las grandes actas federales; lavad, lavad, ¡oh Lluvias!, todas las vitelas y todos los pergaminos, color de muros de asilos y leproserías, color de marfil fósil y de viejos dientes de mulas. . . Lavad, lavad, ¡oh Lluvias!, las altas tablas conmemorativas.

“¡Oh Lluvias! lavad del corazón del hombre los más bellos dichos del hombre: las más bellas sentencias, las más bellas secuencias, las frases mejor hechas, las páginas mejor nacidas. Lavad, lavad del corazón de los hombres su gusto de cantilenas, de elegías; su gusto de villanescas y rondós; sus grandes aciertos de expresión; lavad la sal del aticismo y la miel del eufuismo; lavad, lavad las sábanas del sueño y las sábanas del saber: del corazón del hombre sin repulsa, del corazón del hombre sin asco, lavad, lavad, ¡oh Lluvias!, los más bellos dones del hombre ... del corazón de los hombres mejor dotados para las grandes obras de razón.”

## VIII

...El baniano de la lluvia pierde sus raíces en la Ciudad. ¡Al viento del cielo la cosa errante y tal

Como vino a vivir entre nosotros! ... Y no negaréis, de repente, que todo nos viene a nada.

Quien quiera saber lo que acontece a las lluvias en marcha sobre la tierra, véngase a vivir sobre mi techo, entre los signos y presagios.

¡Promesas incumplidas! ¡Inasibles simientes! ¡Y humaredas que veis sobre la calzada de los hombres!

¡Venga el relámpago, ¡ah! que nos abandona! ... Y conduciremos de nuevo a las puertas de la Ciudad

Las altas Lluvias en marcha bajo el Abril, las altas Lluvias en marcha bajo el foete como una Orden de Flagelantes.

Pero henos aquí librados más desnudos a ese perfume de humus y de benjuí en que la tierra se despierta con sabor de virgen negra.

... Es la tierra más fresca en el corazón de los hele-

chales, la afloración de los grandes fósiles en los carbones chorreantes,

Y en la carne lacerada de las rosas tras el huracán, la tierra, la tierra con gusto todavía de mujer hecha mujer.

... Es la Ciudad más viva a las luces de mil cuchillos, el vuelo de las consagraciones sobre los mármoles, el cielo todavía en los pilones de las fuentes.

Y la cerda de oro en ápice de estela sobre las plazas desiertas. Es todavía el esplendor en los pórticos de cinabrio; la bestia negra herrada de plata a la puerta más excusada de los jardines;

Es todavía el deseo en el flanco de las jóvenes viudas, de las jóvenes viudas de guerreros, como grandes urnas reselladas.

...Es el frescor corriente en las crestas del lenguaje, la espuma todavía en los labios del poema,

Y el hombre todavía de todas partes urgido por ideas nuevas, cede al levantamiento de las grandes olas del espíritu:

“¡El bello canto, el bello canto que he aquí sobre la *disipación* de las aguas! . . .” y mi poema, oh Lluvias, ¡que no será escrito!

## IX

Llegada la noche, cerradas las verjas, ¿qué pesa el agua del cielo en el bajo-imperio de la hojarasca?

¡En la punta de las lanzas lo más claro de mi bien!...  
Y cosa igual al azote del espíritu,

Señor terrible de mi risa, llevarás esta noche el escándalo a más noble casa.

...Pues tales son vuestras delicias, Señor, en el árido umbral del poema, en donde mi risa espanta a los verdes pavorreales de la gloria.

## NIEVES

*A Françoise-Renée Saint-Léger Léger*

Y luego cayeron las nieves, las primeras nieves de la ausencia, sobre los grandes anchos tejidos por el sueño y por lo real; y remitida toda pena a los hombres memoriosos, hubo una frescura de telas en nuestras sienes. Y esto fue en la mañana, bajo la sal gris del alba, un poco antes de la hora sexta, como en un puerto de azar, un lugar de gracia y de merced en donde licenciar el enjambre de las grandes odas del silencio.

Y toda la noche, a hurto nuestro, bajo este alto hecho de pluma, llevando muy alto vestigio y cura de almas, las altas ciudades de piedra pómez horadadas de insectos luminosos no habían cesado de crecer y sobresalir, en el olvido de su peso. Y sólo supieron algo aquellos cuya memoria es incierta y su relato aberrante. La parte que tomó el espíritu en esas cosas insignes, la ignoramos;

Nadie ha sorprendido, nadie ha conocido, en el más alto frente de piedra, la primera afloración de esta hora sedosa, el primer contacto de esta cosa ágil y muy fútil, como un roce de pestañas. Sobre los revestimientos de bronce y sobre los lanzamientos de acero cromado, sobre los morillos de tosca porcelana y sobre las tejas de grueso vidrio, sobre el cohete de mármol negro y la espuela de metal blanco, nadie ha sorprendido, nadie ha empañado

Este vaho de un soplo en su nacimiento, como el trance primero de una espada desenvainada. . . Nevaba, y he aquí que diremos de ello maravillas: el alba muda en su pluma, como una gran lechuza fabulosa presa de los soplos del espíritu, inflaba su cuerpo de dalia blanca. Y por todos lados nos era prodigio y fiesta. Y la salud sea sobre la faz de las terrazas, en

donde el Arquitecto, el otro estío, nos mostró huevos de chotacabras.

Yo sé que navíos en zozobra en todo ese pálido ostral lanzan su mugido de bestias sordas contra la ceguera de los hombres y los dioses. Yo sé que en las caídas de los grandes ríos se anudan extrañas alianzas entre el cielo y la tierra: blancas bodas de noctuelas, blancas fiestas de frigáneas. Y bajo las vastas estaciones ahumadas de alba como palmares bajo vidrio, la noche lechosa engendra una fiesta del muérdago.

Y hay también esa sirena de las fábricas, un poco antes de la hora sexta y el relevo de la mañana, en ese país, allá arriba, de muy grandes lagos, en donde los astilleros iluminados toda la noche tienden sobre la espaldera del cielo una alta parra sideral: mil lámparas mimadas por las cosas crudas de la nieve. . . Grandes nácares en crecimiento, grandes nácares sin defecto ¿meditan su respuesta en lo más profundo de las aguas? — ¡oh cosas todas por renacer!, ¡oh vosotras, todo respuesta! ¡Y la visión, por fin, sin falla y sin defecto! . . .

Nieva sobre los dioses de fundición y sobre las fábricas de acero cimbreantes de breves liturgias; sobre la escoria de hierro y la inmundicia y sobre el herbazal de los terraplenes; nieva sobre la fiebre y sobre la herramienta de los hombres —nieve más fina que en el desierto el grano de coriandro, nieve más fina que en Abril la primera leche de las bestias jóvenes. Nieva allá lejos, hacia el Oeste, sobre los silos y sobre los ranchos y sobre las vastas llanuras sin historia bajo las zancadas de los pilonos; sobre los trazados de ciudades por nacer y sobre la ceniza muerta de los campamentos levantados;

Sobre las altas tierras no abiertas, envenenadas de ácidos, y sobre las hordas de negros abetos trabados de águilas arpadas, como trofeos de guerra. . . ¿Qué decíais, armador de trampas, con vuestras manos despedidas? Y sobre el hacha del pionero ¿qué inquietante dulzura puso esta noche la mejilla? . . . Nieva fuera de cristiandad sobre las zarzas más jóvenes y sobre las bestias más nuevas. ¡Esposa del mundo mi presencia!

Y en alguna parte del mundo donde el silencio alumbraba un sueño de melaza, la tristeza levanta su máscara de sirvienta.

No era suficiente que tantos mares, no era suficiente que tantas tierras hubiesen dispersado el curso de nuestros años. Sobre la nueva ribera en que sigamos, creciente carga, la red de nuestras rutas, todavía era menester todo este canto llano de las nieves para arrebatar nos la huella de nuestros pasos. . . Por los caminos de la más vasta tierra ¿extendéis el sentido y la medida de nuestros años, nieves pródigas de la ausencia, nieves crueles para el corazón de las mujeres en los que se agota la espera?

Y Aquella en quien yo pienso entre todas las mujeres de mi raza, desde la hondura de su larga edad levanta hacia su Dios su faz de dulzura. Y es un puro linaje que tiene su gracia en mí. “Que nos dejen a los dos con este lenguaje sin palabras de que hacéis uso, ¡oh vos toda presencia!, ¡oh vos toda paciencia!” Y como una gran Ave de gracia sobre nuestros pasos canta quedamente el canto purísimo de nuestra raza. Y hace tan largo tiempo que vela en mí esta ansia de dulzura. . .

Dama de alto paraje fue vuestra alma muda a la sombra de vuestras cruces; pero carne de pobre mujer, en su ancianidad, fue vuestro viviente corazón de mujer en las mujeres martirizado... En el corazón del bello país cautivo en donde quemaremos el espino, qué gran compasión por las mujeres de toda edad a quienes el brazo del hombre faltó. ¿Y quién, pues, os conducirá en esa mayor viudez, a vuestras iglesias subterráneas en donde la lámpara es frugal y la abeja divina?

... Y todo este tiempo de mi silencio en tierra lejana, en las pálidas rosas de los zarzales he visto palidecer la usura de vuestros ojos. Y vos sola habéis gracia en este mutismo en el corazón del hombre como una piedra negra. . . Pues nuestros años son tierras movedizas de las que nadie tiene feudo, pero como una gran Ave de gracia sobre nuestros pasos, nos sigue de lejos el canto del puro linaje; y hace tan largo tiempo que vela

en nosotros esta ansia de dulzura...

¿Nevaba, esa noche, de ese lado del mundo en donde juntáis las manos? . . . Aquí, hay un gran ruido de cadenas en las calles, por las que van los hombres corriendo a su sombra. Y no sabía que hubiera todavía en el mundo tantas cadenas para equipar las ruedas en fuga hacia el día. Y hay también gran ruido de palas a nuestras puertas, ¡oh vigilias! Los negros barrenderos van sobre las aftas de la tierra como gente de gabela. Una lámpara

sobrevive al cáncer de la noche. Y un ave de ceniza rosa, que fue de brasa todo el estío, alumbra de repente las criptas del invierno, como el Ave de Fase en los Libros de Horas del Año Mil. . . ¡Esposa del mundo mi presencia, esposa del mundo mi espera! ¡Que nos arrebatte de nuevo el fresco aliento de la mentira! ... Y la tristeza de los hombres está en los hombres, pero también esta fuerza que no tiene nombre, y esta gracia, por instantes, de la que es preciso hayan sonreído.

Sólo en hacer la cuenta, desde lo alto de este cuarto de esquina que rodea un Océano de nieves— Huésped precario del instante, hombre sin prueba ni testigo, ¿desataré mi lecho como una piragua de su caleta? . . . Aquellos que acampan cada día más lejos del lugar de su nacimiento, aquellos que llevan cada día su barca a otras riberas, saben mejor cada día el curso de las cosas ilegibles; y remontando los ríos hacia su fuente, entre las verdes apariencias, son ganados de súbito por ese esplendor severo en que toda lengua pierde sus armas.

Así el hombre semidesnudo sobre el Océano de las nieves, rompiendo de repente la inmensa libración, persigue un singular designio en el que las palabras no tienen ya asidero. ¡Esposa del mundo mi presencia, esposa del mundo mi prudencia! ... Y hacia el lado de las aguas primigenias volviéndome con el día, como el viajero, en la neomenia, cuya conducta es incierta y su andadura aberrante, he aquí que tengo el designio de vagar por entre las más viejas capas del lenguaje, por entre las más altas vetas fonéticas: hasta lenguas muy remotas, hasta lenguas muy enteras y muy par-

simoniosas,

Como esas lenguas dravídicas que no tuvieron palabras distintas para “ayer” y para “mañana”. . . Venid y seguidnos, que no tenemos palabras que decir: remontamos esa pura delicia sin grafía por la que corre la antigua frase humana; nos movemos entre claras elisiones, residuos de antiguos prefijos que perdieron su inicial, y anticipándonos a los bellos trabajos de lingüística, nos abrimos nuestras sendas nuevas hasta esas locuciones inauditas, en las que la aspiración retrocede más allá de las vocales y la modulación del aliento se propaga, al gusto de tales labiales semisonoras, en busca de puros finales vocálicos.

... Y esto fue en la mañana, bajo el más puro vocablo, un bello país sin odio ni roñería, un lugar de gracia y de merced para la ascensión de seguros presagios del espíritu; y como una gran Ave de gracia sobre nuestros pasos, el gran rosedal blanco de todas las nieves a la redonda. . . Frescura de umbelas, de corimbos, frescura de arilo bajo el haba, ¡ah! ¡tantos ácidos aún en los labios del vagabundo!.. . ¿Qué flora nueva, en lugar más libre, nos absuelve de la flor y del fruto? ¿Qué lanzadera de hueso en las manos de las mujeres de larga edad, qué almendra de marfil en las manos de las mujeres de edad moza

Nos tejerá tela más fresca para la quemadura de los vivos? . . . ¡Esposa del mundo nuestra paciencia, esposa del mundo nuestra espera! . . . ¡Ah, todo el yezgo del sueño a piel de nuestro rostro! ¡Y todavía nos arrebató, ¡oh mundo!, tu fresco aliento de mentira! . . . Allí donde los ríos son todavía vadeables, allí donde las nieves son todavía vadeables, pasaremos esta noche un alma sin vado ... Y más allá están los grandes anchos del sueño, y todo ese bien fungible en el que el ser empeña su fortuna . . .

En adelante, esta página en la que ya nada se inscribe.

## EXILIO

*A Archibald MacLeish*

Puertas abiertas sobre las arenas, puertas abiertas  
sobre el exilio,

Las llaves a las gentes del faro, y el astro enrodado  
vivo sobre la piedra del umbral:

Huésped mío, déjame tu casa de vidrio en las are-  
nas. . .

El Estío de yeso aguza sus puntas de lanza en nues-  
tras llagas,

Elijo un lugar flagrante y nulo como el osario de las  
estaciones.

Y, sobre todas las playas de este mundo, el espíritu  
del dios humeante deserta su lecho de amianto.

Los espasmos del relámpago son para el arroba-  
miento de los Príncipes en Taurida.

\*

A nulas riberas dedicado, a nulas páginas confiado  
el puro cebo de este canto. . .

Otros asen en los templos el cuerno pintado de los  
altares:

¡Mi gloria está en las arenas! ¡Mi gloria está en las  
arenas! ... Y no es errar, oh Peregrino,

Codiciar el ara más desnuda para ensamblar en las  
sirtes del exilio un gran poema nacido de nada, un  
gran poema hecho de nada. . .

¡Soplad, oh frondas por el mundo, cantad, oh con-  
chas sobre las aguas!

He fundado sobre el abismo y la neblina y el vaho  
de las arenas. Me acostaré en las cisternas y en los  
huecos navíos,

En todos los lugares vanos e insípidos en que yace  
el gusto de la grandeza.

“...Menos hálitos halagaban a la familia de los Julio;

menos alianzas asistían a las grandes castas sacerdotales.

Adonde van las arenas en su canto se van los Príncipes del exilio,

Adonde fueron las altas velas tensas se va el náufrago resto más sedoso que un sueño de lutista,

En donde fueron las grandes acciones de guerra blanquea ya la quijada de asno,

Y el mar a la redonda hace rodar su ruido de cráneos sobre las riberas,

Y que todas las cosas del mundo le sean vanas, es lo que una noche, a la orilla del mundo, nos contaron

Las milicias del viento en las arenas del exilio. . .”

Sabiduría de la espuma, ¡oh pestilencias del espíritu en la crepitación de la sal y la leche de cal viva!

Una ciencia heredo de las sevicias del alma... ¡El viento nos cuenta sus piraterías, el viento nos cuenta sus engaños!

Como el Caballero, la cuerda al puño, a la entrada del desierto,

Espío en el circo más vasto el lanzamiento de los signos más fastos.

Y la mañana para nosotros conduce su dedo entre santas escrituras.

¡No es de ayer el exilio! ¡no es de ayer el exilio. . .!

“Oh vestigios, oh premisas”,

Dice el Extranjero en las arenas, “¡toda cosa en el mundo me es nueva!”... Y el nacimiento de su canto no le es menos ajeno.

\*

“...Siempre hubo este clamor, siempre hubo este esplendor,

Y como un alto hecho de armas por el mundo, como una enumeración de pueblos en éxodo, como una fundación de imperios por tumulto pretoriano, ¡ah! como un henchirse de labios sobre el nacimiento de los grandes libros,

Esta gran cosa sorda por el mundo y que se acrece de repente como una embriaguez. . .

“... Siempre hubo este clamor, siempre hubo este grandor,

Esta cosa errante por el mundo, este alto trance por el mundo, y sobre todas las playas de este mundo, del mismo aliento proferida, la misma onda profiriendo

Una sola y larga frase sin cesura para siempre ininteligible....

“...Siempre hubo este clamor, siempre hubo este furor,

Y esta altísima resaca en el colmo del acceso, siempre, en el ápice del deseo, la misma gaviota sobre su ala, la misma gaviota sobre su ara, a golpe de alas enlazando las estancias del exilio, y sobre todas las playas de este mundo, del mismo aliento proferida, la misma queja sin medida

En seguimiento, sobre las arenas, de mi alma nómada...”

Yo te conozco, ¡oh monstruo! Henos de nuevo frente a frente. Reanudamos aquel largo debate en donde lo dejamos.

Y puedes lanzar tus argumentos como bajas jetas sobre el agua: no te dejaré pausa ni reposo

Sobre excesivas playas visitadas fueron mis pies lavados antes del día; sobre excesivos lechos desertados fue mi alma entregada al cáncer del silencio.

¿Qué quieres aún de mí, oh soplo original? Y tú, ¿qué piensas sacar todavía de mi labio vivo,

Oh fuerza errante sobre mi umbral, oh Mendiga en nuestras vías y sobre las huellas del Pródigo?

El viento nos cuenta su vejez, el viento nos cuenta su niñez.... ¡Honra, oh Príncipe, tu exiliol

Y de repente todo me es fuerza y presencia, en donde humea todavía el tema de la nada.

“... Más alto, cada noche, este mudo clamor sobre mi umbral; más alta, cada noche, esta cosecha de siglos bajo la escama,

Y, sobre todas las playas de este mundo, ¡un yambo más indómito que nutrir con mi ser! . . .

Tanta altivez no abatirá la acantilada orilla de tu umbral, ¡oh Secuestrador de cuchillos en la aurora!,

¡Oh Conductor de águilas por sus ángulos, y Criador de las muchachas más agrias bajo la pluma de hierro!

¡Toda cosa por nacer se horripila en el oriente del mundo, toda naciente carne exulta con los primeros fuegos del día!

Y he aquí que se levanta un más vasto rumor por el mundo, como una insurrección del alma. . .

¡No callarás, clamor! hasta tanto no haya yo despojado sobre las arenas todo consuelo humano. (¿Quién sabe todavía el lugar de su nacimiento?)”

\*

Extraña fue la noche en que tantos alientos se extraviaron en la encrucijada de los cuartos. . .

¿Y quién, pues, antes del alba vaga por los confines del mundo con ese grito para mí? ¿Qué alta doncella repudiada se fue al silbo del ala a visitar otros umbrales?, ¿qué alta doncella malamada,

A la hora en que las efímeras constelaciones que cambian de vocablo para los hombres en exilio declinan hacia las arenas en busca de un lugar puro?

Por-dondequiera-errante fue su nombre de cortesana entre los sacerdotes, en las grutas verdes de las Sibillas, y la mañana de nuestro umbral supo borrar las huellas de pies desnudos, en medio de santas escrituras. . .

Sirvientes, servíais, y vanas, tendíais vuestras frescas telas para el vencimiento de una palabra pura.

Con quejas de pluvial se fue el alba quejosa, se fue la híaada pluviosa en busca de la palabra pura,

Y sobre las antiquísimas riberas fue clamado mi nombre... El espíritu del dios humeaba entre las cenizas del incesto.

Y cuando se hubo, entre las arenas, oreado la pálida sustancia de ese día,

Bellos fragmentos de historias a la deriva, sobre palas de hélices, en el cielo pleno de errores y de errantes premisas, se echaron a virar para delicia del escoliasta.

¿Y quién, pues, estaba allí que se fue sobre su ala?

¿Y quién, pues, esa noche, sobre mi labio de extranjero, recogió aun a pesar mío el uso de este canto?

Vuelca, oh Escriba, sobre la mesa de las playas, con el reverso de tu estilo la cera impresa de la palabra vana.

Las aguas de alta mar cavarán, las aguas de alta mar sobre nuestras mesas, las más bellas cifras del año.

Y es la hora, oh Mendiga, en que sobre la cerrada faz de los grandes espejos de piedra expuestos en los antros

El oficiante calzado de fieltro y enguantado de seda cruda borre con gran refuerzo de mangas la afloración de los signos ilícitos de la noche.

Así va toda carne al silicio de la sal, el fruto de ceniza de nuestras vigiliass, la rosa enana de vuestras arenas, y la nocturna esposa antes del alba despedida...

¡Ah! toda cosa vana en la criba de la memoria, ¡ah! toda cosa insana en los pífanos del exilio: el puro nautilo de las aguas libres, el puro móvil de nuestros sueños. . .

Y los poemas de la noche antes de la aurora repudiados, el ala fósil apresada en el cepo de las grandes vísperas de ámbar amarillo. . .

¡Ah! ¡que quemen! ¡ah! que quemen, en la extremidad de las arenas, todos esos despojos de pluma, de uña, de pintadas cabelleras y de telas impuras,

Y los poemas nacidos, ¡ah! los poemas nacidos una noche en la horquilla del relámpago, son como la ceniza en la leche de las mujeres, ínfima huella. . .

Y de toda cosa alada de que no habéis uso componiéndome un puro lenguaje sin oficio,

He aquí que tengo todavía el designio de un gran poema deleble. . .

\*

“Como aquel que se desviste a la vista del mar, como aquel que se ha levantado para honrar la primera brisa de tierra (y he aquí que su frente ha crecido bajo el casco),

Las manos más desnudas que en mi nacimiento y el

labio más libre, la oreja con sus corales en que yace la queja de otra edad,

Heme aquí restituido a mi natal ribera. . . No hay más historia que la del alma, no hay más holgura que la del alma.

Con el aquenio, con el anofeles, con los rastros y las arenas, con las cosas más frágiles, con las cosas más vanas, la simple cosa, la simple cosa que aquí veis, la simple cosa de estar aquí, en el derrame del día...

Sobre esqueletos de pájaros enanos se va la infancia de este día, en vestido de las islas, y más ligera que la infancia sobre sus huecos huesos de gaviota, de golondrina marina, la brisa encanta las aguas niñas en vestido de escamas para las islas. . .

¡Oh arenas!, ¡oh resmas!, ¡el élitro purpúreo del destino en una gran fijeza del ojo! y sobre la arena sin violencia, el exilio y sus llaves puras, la jornada traspasada por un hueso verde como un pez de las islas. . .

El mediodía canta, ¡oh tristeza! ... y la maravilla es anunciada por este grito: ¡Oh maravilla! y no basta con reír bajo las lágrimas. . . Pero ¿qué es, ¡oh! qué es lo que en toda cosa, de repente, falta?"

Yo sé. Yo he visto. ¡Nadie en ello conviene! —Y ya como una leche se espesa la jornada.

El hastío busca su sombra en los reinos de Arsacio, y la tristeza errante lleva su gusto de euforbio por el mundo; el espacio en que viven las rapaces cae en extrañas desherencias. . .

¡Plegue al sabio espiar el nacimiento de los cismas! ... El cielo es un Sahel por donde la azalea va en busca de sal gema.

Más de un siglo se vela en los desfallecimientos de la historia.

Y el sol entierra sus bellos sestercios en las arenas, a la subida de las sombras en que maduran las sentencias de tempestad.

¡Oh presidios bajo el agua verde! ¡que una hierba ilustre bajo los mares nos hable todavía del exilio! ... y el Poeta se encela

De esas grandes hojas calcáreas, a flor de abismo,  
sobre zócalos: encaje en la máscara de la muerte. . .

\*

“...Aquel que vaga, a medianoche, por las galerías  
de piedra para estimar los títulos de un bello cometa;  
aquel que vigila, entre dos guerras, la pureza de las  
grandes lentes de cristal; aquel que se ha levantado  
antes del día para limpiar las fuentes, y es el fin de las  
grandes epidemias; aquel que laquea en alta mar con  
sus hijas y sus nueras, y ya sobran las cenizas de la  
tierra. . .

Aquel que halaga a la locura en los grandes hospicios  
de tiza azul, y es Domingo sobre los centenos, a  
la hora de mayor ceguera; aquel que sube a los órganos  
solitarios, a la entrada de los ejércitos; aquel que  
sueña un día extrañas latomías, y es un poco después  
de mediodía, a la hora de mayor viudez; aquel a quien  
despierta en el mar, a sotavento de un bajío, el perfume  
de sequedad de una pequeña siempreviva de las  
arenas; aquel que vela, en los puertos, en brazos de  
mujeres de otra raza, y hay un gusto de vetiver en el  
perfume de axila de la noche baja, y es un poco después  
de medianoche, a la hora de mayor opacidad; aquel  
cuya respiración, en el sueño, está ligada a la  
respiración del mar y, al cambiar la marea, he aquí que  
voltea en su lecho como cambia de amuras un navío...

Aquel que pinta lo amargo en la frente de los más  
altos cabos; aquel que señala con una cruz blanca la  
faz de los arrecifes; aquel que lava con una leche pobre  
las grandes casamatas de sombra al pie de los semáforos,  
y es un lugar de cinerarias y de escombros para la  
delectación del sabio; aquel que se aloja, durante la  
estación de las lluvias, con gentes de pilotaje y  
cabotaje, en casa del guardián de un templo muerto en  
extremidad de península (y es sobre un tajamar de  
piedra gris-azul, o sobre la alta mesa de rojo asperón);  
aquel que encadena, en los mapas, la cerrada carrera  
de los ciclones; por quien se iluminan, en las noches  
de invierno, las grandes pistas siderales; o discierne en  
sueños muchas otras leyes de transhumancia y deriva-

ción; aquel que busca, a cabo de sonda, la arcilla malva de las grandes profundidades para modelar el rostro de su sueño; aquel que se ofrece, en los puertos, a compensar las brújulas para la marina de placer . . .

Aquel que marcha sobre la tierra al encuentro de grandes lugares herbosos; aquel que concede, en su camino, consulta para el tratamiento de un árbol muy viejo; aquel que sube a las torres de hierro, después de la tormenta, para aventar ese gusto de crespón sombrío que tienen las fogatas de zarzas forestales; aquel que vigila, en lugares estériles, la suerte de las grandes líneas telegráficas; que conoce la cama y el estribo de amarre de los cables maestros submarinos; que cuida bajo la ciudad, en vez de osarios y albañales (y es en la misma corteza desbornizada de la tierra) los instrumentos lectores de puros sismos...

Aquel que tiene a su cargo, en tiempos de invasión, el régimen de aguas, y visita los grandes estanques filtrantes fatigados de las bodas de las efímeras; aquel que preserva del motín, tras los herrajes de oro verde, los grandes invernaderos fétidos del Jardín Botánico; las grandes Oficinas de la Moneda, de Longitudes y de Tabacos; y el Depósito de los Faros, donde yacen las fábulas, las linternas; aquel que hace su ronda, en tiempo de sitio, por los grandes *halls* en donde se desmigajan, bajo vidrio, las panoplias de phasmas, de vanesas; y lleva su lámpara a las bellas artesas de grafito, donde, friable, la princesa de hueso alfilerada de oro descende el curso de los siglos bajo su cabellera de sisal; aquel que salva de los ejércitos un rarísimo injerto de rosa-zarza himaleña; aquel que mantiene con sus denarios, en las grandes bancarrotas del Estado, el turbio lujo de las yeguadas, de las grandes cuadras de ladrillo leonado bajo las hojas, como rosadales de rosas rojas bajo los tempestuosos arrullos colombinos, como bellos gineceos llenos de príncipes salvajes, de tinieblas, de incienso y de masculina sustancia . . .

Aquel que norma, en tiempo de crisis, la guardería de los grandes paquebotes embargados, en la curva de un río color de yodo, de puriela (y bajo el limbo de las vidrieras, en los grandes salones entoldados de olvido

hay una luz de agave para los siglos y eterna vigilia marina); aquel que huelga, con las pobres gentes, en los astilleros y las calas desertadas por la muchedumbre, después del lanzamiento de un gran casco de tres años; aquel que tiene por profesión aparejar los navíos; y aquel otro que encuentra un día el perfume de su alma en el empañado de un velero nuevo; aquel que monta la guardia de equinoccio sobre las murallas de los *docks*, sobre el alto peine sonoro de las grandes barreras de montaña, y sobre las grandes esclusas oceánicas; aquel por quien se exhala, repentino, todo el aliento incurable de este mundo en el relente de los grandes silos y almacenes de géneros coloniales, allí donde la espiga y el grano verde se hinchan bajo las lunas de la invernada como la creación sobre su insípido lecho; aquel que pronuncia la clausura de los grandes congresos de orografía, de climatología, y es tiempo de visitar el Arboretum y el Aquarium y el barrio de las ramerías, las tallerías de piedras finas y el atrio de los grandes convulsionarios...

Aquel que abre una cuenta bancaria para las investigaciones del espíritu; aquel que penetra en el circo de su obra nueva con una muy grande animación del ser y, en tres días, nadie lanza una mirada sobre su silencio sino su madre, nadie tiene acceso a su alcoba sino la más vieja de las sirvientas; aquel que lleva a los manantiales su cabalgadura sin beber él en ellos; aquel que sueña, en las guarnicionerías, con un perfume más ardiente que el de la cera; aquel, como Baber, que viste el manto del poeta entre dos grandes acciones viriles para reverenciar la faz de una bella terraza; aquel que se distrae durante la dedicatoria de una nave, y en el tímpano son tales cántaras, como oídos amurallados por la acústica; aquel que posee por herencia, en tierras de manos muertas, el último garzal, con bellas obras de montería, de cetrería; aquel que tiene comercio urbano de muy grandes libros: almagestos, portulanos y bestiarios; que se inquieta por los accidentes de fonética, por la alteración de los signos y los grandes debates de la semántica; que es autoridad en las matemáticas usuales y se complace en

la suputación de los tiempos para el calendario de las fiestas móviles (el áureo número, la indicción romana, la epacta y las grandes cartas dominicales); aquel que da jerarquía a los grandes oficios del lenguaje; aquel a quien se muestran, en muy noble casa, grandes piedras lustradas por la insistencia de la llama . . .

Aquellos son príncipes del exilio y nada tienen que hacer con mi canto.”

Extranjero, sobre todas las playas de este mundo, sin audiencia ni testigo, lleva a la oreja del Poniente una concha sin memoria:

Huésped precario en la raya de nuestras ciudades, no franquearás el umbral de los Lloyds, en donde tu palabra no tiene curso y carece de título tu oro...

“Habitaré mi nombre”, fue tu respuesta a los cuestionarios del puerto. Y sobre las mesas del cambista, nada tienes que mostrar que no sea turbio,

Como esas grandes monedas de hierro exhumadas por el rayo.

\*

“ . . . ¡Sintaxis del relámpago!, ¡oh puro lenguaje del exilio! Lejana está la otra ribera en que el mensaje se ilumina:

Dos frentes de mujeres bajo la ceniza, por el mismo pulgar visitadas; dos alas de mujeres en las persianas, por el mismo soplo suscitadas. . .

¿Dormías aquella noche, bajo el gran árbol de fósforo, oh corazón de orante por el mundo, oh madre del Proscrito, cuando en los espejos de la estancia fue impresa su faz?

Y tú más pronta bajo el relámpago; oh tú más pronta a sobresaltarte en la otra ribera de mi alma, compañera de mi fuerza y debilidad de mi fuerza, tú cuyo aliento al mío fue para siempre mezclado,

¿Te sentarás aún sobre tu lecho desierto en el erizamiento de tu alma de mujer?

¡No es de ayer el exilio!, ¡no es de ayer el exilio!... Execra, oh mujer, bajo tu techo un canto de pájaro de Berbería. . .

¡No escucharás a la tempestad multiplicar a lo lejos la carrera de nuestros pasos sin que tu grito de mujer en la noche no asalte otra vez su ara al águila equívoca de la felicidad!

...Cállate, debilidad, y tú, perfume de esposa en la noche como la almendra misma de la noche.

Por dondequiera errante sobre las arenas, por dondequiera errante sobre los mares, cállate dulzura, y tú, presencia aparejada de alas a altura de mi montura.

Reanudaré mi carera de Númida, bordeando la mar inalienable. . . Nula verbena en los labios, pero en la lengua todavía, como una sal, este fermento del viejo mundo.

El nitro y el natrón son temas del exilio. Nuestros pensamientos corren a la acción sobre pistas óseas. El relámpago me abre el lecho de más vastos designios. La tempestad en vano desplaza los linderos de la ausencia.

Aquellos que fueron a cruzarse en las grandes Indias atlánticas, aquellos que olfatean la idea nueva en la frescura del abismo, aquellos que soplan en los cornos a las puertas del futuro

Saben que en las arenas del exilio silban las altas pasiones adujadas bajo el foete del relámpago. ¡Oh Pródigo bajo la sal y la espuma de Junio!, ¡conserva viva entre nosotros la fuerza oculta de tu canto!

Como aquel que dice al emisario, y éste es su mensaje: “Velad la faz de nuestras mujeres, velad la faz de nuestros hijos; y la consigna es lavar la piedra de vuestros umbrales... Os diré quedamente el nombre de las fuentes en las que, mañana, sumergiremos una cólera pura.”

Y es la hora, oh Poeta, de declinar tu nombre, tu nación y tu raza...

*Long Beach Island, junio 1941.*